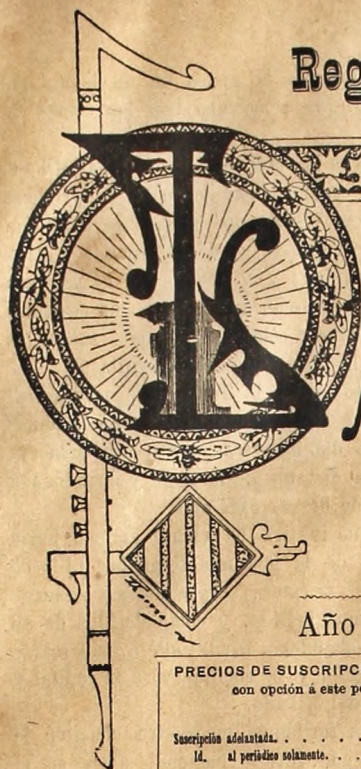


Regalo á los suscriptores de LA TRIBUNA POPULAR



LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA

Año I.

MONTEVIDEO.—Domingo 6 de Noviembre de 1892.

Núm. 45.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A «LA TRIBUNA POPULAR»
con opción á este periódico ilustrado de regalo.

	1 año.	1 semestre.	1 mes.
Suscripción adelantada.	pesos 10'00	p. 5'50	p. 1'00
Id. al periódico solamente.			p. 0'50

La imprenta de LA TRIBUNA POPULAR es la mejor montada para hacer diarios, libros, folletos, esquelas, tarjetas, recibos, carteles y toda clase de trabajos comerciales.

Todo suscriptor á LA TRIBUNA POPULAR, así como á este periódico, que no lo reciba con regularidad, debe reclamarlo á la Administración, calle Ciudadela 74/78, en Montevideo, ó al agente respectivo.



Goya



SUMARIO

Texto: Don Francisco Goya y Lucientes, por X. — La Princesa Yama-Maí, cuento japonés, por el CONDE DE TOLSTOI. — Maria Cozie (continuación), por ALFREDO DE BREHAT. — El colegio de San Gregorio en Valladolid, por F. MIGUEL Y BADIA. — En la muerte de un amigo (poesía), por VICENTE W. QUEROL. — Crónica científica, por W. — Nuestros grabados. — La emperatriz Eugenia y el doctor Evans, por el CONDE DE HERISSON. — La flor del loto (leyenda egipcia), por SILVERIO DE OCHOA. — De aquí y de allí. — Postres.

Grabados: D. Francisco Goya y Lucientes. — Portada del colegio de San Gregorio, en Valladolid. — Paisaje, por J. MASRIERA. — ¡Ya viene! cuadro de LUIGI MION. — Entusiasmo imprevisor.

DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES

Artista de verdad, pero hombre singular y caprichoso talento, Goya es la única individualidad poderosa que, á falta de una escuela, haya dado España á las artes desde la época de sus grandes maestros hasta mediados de siglo.

Goya nació en 1746 en Fuente-de-todos, pueblecillo del reino de Aragón. Recibió sus primeras lecciones en Zaragoza, de un tal Luzán, mediano artista que le enseñaba el dibujo haciéndole copiar estampas grabadas. Al cabo de cuatro años de esta tarea, se puso á pintar, buscándose él mismo, como podía, las reglas y procedimientos de un arte del que ya no quedaban maestros en torno suyo. Más tarde pasó á Roma, donde en vez de ponerse bajo la dirección de profesor alguno, se limitó á los estudios que un observador inteligente puede hacer ante los lienzos magistrales reunidos en los museos de aquella capital de las artes. De vuelta en España, fijó su residencia en Madrid y continuó el mismo método. No tomó lección más que de los muertos y él solo fué su único maestro.

Fruto de este sistema de educación, fué un talento incorrecto, grosero á veces, desprovisto de estilo y de medida, pero lleno de audacia y de originalidad.

Carlos IV le nombró su pintor de cámara, y aunque estimado de todos, conservó en la corte la independencia y desenfado que eran el sello de su carácter.

En 1814, ya de edad, por lo tanto, se retiró á Burdeos á consecuencia de un incidente curioso. Pintaba el retrato de Wellington, el vencedor de Waterloo; al final de la sesión primera, el inglés examinó la obra, y estupefacto ante aquella extraña manera á la que no le habían acostumbrado gran cosa los pintores de su patria, se permitió hacer varias observaciones. Pero el fogoso, aunque ya anciano maestro, cogió un arma y estuvo á punto de dar muerte al imprudente, que no tuvo más que el tiempo necesario de tomar la huida. Goya se vió obligado á alejarse de Madrid. Wellington perdonó, sin embargo, el lance, se hicieron las paces y el retrato llegó á terminarse.

A los 50 años quedó el artista sordo, y al final de su vida perdió también la vista. Hasta el último momento trabajó con el mismo ardor. En 1828 dió fin una existencia tan singular como su talento y sus estudios.

Goya fué un artista popular, tanto por sus obras que hablaban con claridad á los ins-

tintos y á los sentimientos nacionales, como por su modo de ser, por sus aficiones y por sus gustos. El último aguador de Madrid conocía al pintor de los *Caprichos*, que más de una vez retocaba las muestras de las tiendas, ayudando á sus hermanos en el arte de Apeles, que, menos felices que él, no habían recibido de la suerte tan insignes talentos. En plena plaza de Santa Catalina se batía á la esgrima contra los profesores que abrían los domingos sala de armas al aire libre, retando á los transeúntes á espada, á daga ó á florete. El pueblo le seguía por las calles llamándole por su nombre; era el juez nato de toda querrela. Las corridas de toros han desempeñado importante papel en su vida: aquel era su verdadero teatro. Vestido de majo situábase á la puerta del toril entre los toreros y aficionados, juzgando de las suertes como una autoridad indiscutible, animando al uno, censurando al otro y sirviendo de árbitro entre los primeros espadas que acudían á él como en última instancia.

El catálogo de sus obras es inmenso; cuadros de historia, asuntos religiosos, escenas populares, caricaturas, paisajes, todo lo abordó el pincel de Goya, con gran talento, sin duda, pero con muy desigual fortuna; en él no hay que buscar, ni elevadas concepciones, ni exactitud en el modelado, ni en el dibujo; pero es tal la magia del color, el atrevimiento de la composición, la originalidad de los tipos, la audacia de su pincel, que los defectos quedan á primera vista oscurecidos. Su manera de pintar era tan caprichosa como su talento. Desleía los colores de cualquier manera, y se servía para aplicarlos sobre la pared ó sobre el lienzo, lo mismo de una escoba ó de una esponja, que del pincel.

Su talento como retratista constituye uno de los aspectos más notables de su obra, por el relieve y la intensidad de vida que anima á sus personajes. En sus aguas fuertes es donde la personalidad de Goya se muestra más original y completa. Un escritor las compara á noches de profunda tiniebla en las que un brusco rayo de luz bosqueja siluetas pálidas ó extraños fantasmas. Tienen á más un interés histórico y nacional; todo ese mundo de toreros, majas, manolas, alguaciles, tan lleno de color local, no vivirá dentro de poco más que en las obras de este singular humorista. — X.

LA PRINCESA YAMA-MAÍ

CUENTO JAPONÉS

Existía en la India, muchos años hace, una princesa tan rubia y hermosa que se la llamaba princesa Yama-Maí, que quiere decir en lengua japonesa, cabellos de oro. Tenía la princesa Yama-Maí una madrastra que la odiaba á muerte, habiendo logrado con sus zalamerías persuadir al Mikado (Emperador del Japón) padre de la niña, que desterrase ésta á un lugar solitario muy alejado de la corte.

La princesa fué conducida á un desierto, y en él abandonada á la voracidad de las fieras.

Mas ¡oh milagro! el quinto día de su destierro volvió al palacio imperial de su

padre sentada á la grupa de un león, que mansamente la acariciaba con las crines de su cola.

Entonces la madrastra aconsejó al Mikado que dos criados condujeran á la princesa hasta la cumbre de una peñascosa montaña, donde sólo moraban cóndores, águilas y otras aves de rapiña; y al cuarto día la princesa Yama-Maí apareció en el palacio de su padre también sentada como en un trono, sobre las vigorosas alas de una enorme águila.

¡Cuánto gritó la implacable madrastra! Pero no se daba por vencida, y en la noche del mismo día hizo transportar á la princesa á una isla distante de la costa y abandonada en medio de horrascosas olas.

¡Empeño inútil! El viento empujó hacia las costas de la isla una frágil barquilla de pescadores, y éstos, sorprendidos y admirados de tanta belleza, y compadecidos de su miserable abandono, invitaronle á embarcarse en el esquife, y la condujeron á la capital y al palacio del Mikado.

Pero la furibunda madrastra concibió la más tremenda ira, y haciendo abrir en el patio del mismo palacio un pozo profundísimo, arrojóla en él por la noche, y mandó cerrarla en seguida con pesada losa de mármol.

Por cuarta vez se produjo el milagro de la salvación de la princesa Yama-Maí: seis días después del crimen cometido, el Mikado observó que á través de las junturas de la losa surgía un resplandor vivísimo que parecía salir del pozo, semejante á las nubes de fuego que coronan las cimas de las montañas en la puesta del sol, y mandando quitar la losa que cubría el pozo apareció súbitamente la princesa de los cabellos de oro, envuelta en diáfana aureola de luz nacarada. La madrastra se mordió los labios, se golpeaba la frente, se arrancaba los cabellos en el colmo de su desesperación.

¡Qué hacer ahora! Consultó con un mago y éste le aconsejó que encerrase á la princesa en el hueco de un tronco de un árbol viejo y gigantesco, y que luego mandara arrojarle al mar; al noveno día el mar llevó el tronco añoso á la costa del Japón, y los marineros de un buque del Mikado sacaron de aquel ataúd á la pobre princesa, que aun conservaba un soplo de vida. Pronto murió, y transformóse en mariposa que voló hacia un moral, y habiéndose convertido en gusano de seda comenzó á roer las hojas con avidez indescriptible.

Un día no comió, y dejó de moverse, mas cinco días después, el mismo período que la princesa había pasado en el desierto, reanímose y volvió á roer las hojas.

Mas luego volvió á adormecerse, y transcurrido otro período de tiempo, igual al que la niña pasó en la montaña, hasta que el águila la llevó al palacio de su padre, el gusano de seda se reanimó nuevamente, y luego se volvió á adormecer y á revivir con mayores bríos.

A la quinta vez el gusano apareció envuelto en un capullo mórvido, finísimo dorado, en cuyo fondo depositó sus huevecillos y los avivó con amor de madre; y salieron de allí, roto el capullo, otros gusanos de seda, que poblaron los morales y los robles del

país; y todos aquellos gusanos se reproducían maravillosamente, y se aposentaron en las arboledas, en los jardines, en los bosques, hasta en las rocas más altas y desnudas de vegetación, y todo el inmenso territorio del Japón apareció un día, al despuntar el alba, lleno de capullos de finísima seda, labrados por los descendientes de la princesa, por los Yama-Mai.

Y desde entonces el imperio del Japón cultivaba en cantidad enorme el gusano Yama-Mai, y fabrica los más finos tejidos de seda.

Los japoneses han dado nombre especial á cada uno de esos cinco letargos ó sueños que tiene el gusano de seda; al primero llaman *Sueño del león*, al segundo *Sueño del águila*, al tercero *Sueño de la barquilla*, al cuarto *Sueño del pozo*, y al quinto *Sueño del árbol*.

Y todo esto en memoria de la princesa de cabellos de oro.

¿Y la madrastra? me parece que pregunta una de mis lectoras, ¿qué se hizo de ella? Pues ella fué transformada por la Divina Providencia, en castigo de sus maldades, en una osa salvaje, y está condenada á morar en los troncos huecos de árboles añosos donde permanece dormida seis meses en el año, y en los otros seis meses los perros de los Mikados, sucesores del padre de Yama-Mai la persiguen constantemente, sin que pueda jamás morir ni tener descendencia. ¡Sola, y siempre sola!

CONDE DE TOLSTOI.

MARIA COZIC

(Continuación)

Ella fingió creer algún tiempo aún que no era otra cosa que un instrumento de su venganza contra Paturon; mas con el tiempo la fué preciso renunciar á este pretexto para impacientarse á Gustavo y tomar en broma todo lo que éste le decía.

María era una verdadera flor del campo: sencilla é ingenua, se dejaba llevar de los impulsos de su corazón, y no procuraba ocultar el placer que experimentaba en ver á M. de Kermaes.

Gracias á ella, éste casi siempre estaba informado con anticipación de todos los proyectos de visitas y paseos de la encantadora joven, que le secundaba alegremente en las mil pequeñas astucias que emplean los enamorados para reunirse. Por su parte, él no se ocupaba más que de ella, y aprovechaba con afán todas las ocasiones de encontrarla.

Las dos primeras semanas de su amor pasaron como un sueño. ¡Pobre María, estaba tan alegre, tan risueña ahora! Su corazón parecía dilatarse como una rosa á los rayos del sol, y su salud renacía al calor de un sentimiento desconocido. Un color más vivo matizaba su delicada tez. En pocos días recobró la fuerza que había perdido durante su larga enfermedad.

Una noche que Gustavo había cenado con ella, su hermana y su hermano, en casa del padre de uno de los pretendientes á la mano de Mariana, Kermaes y el hijo de la casa acompañaron á las señoritas de Cozic hasta Kervohr. Era ya tarde, y tenían que andar

cerca de media legua á través de los campos. Esto, sin duda, parecerá extraño á muchos, pero en medio de nuestras campiñas las cosas pasan así y nadie lo extraña.

Mariana marchaba delante con su hermano Eronann y con Pedro Le Morzec, con los que Gustavo había renunciado á seguir una acalorada discusión sobre la corta de ova. A pesar de muchas indicaciones de la hermana mayor, que no quería dejar á retaguardia á María y á Gustavo, éstos consiguieron quedarse un poco detrás de los otros. Marchaban los dos muy despacio... ella muy pensativa, él feliz por estar al lado suyo y estrechar contra su corazón el brazo de la joven.

El día había sido abrasador; pero la noche era plácida y fresca. La luna se elevaba en el horizonte iluminando con sus pálidos rayos la azulada bóveda del cielo y arrojando una luz indecisa sobre los campos, que parecían cubiertos por un velo de gasa de argenteos reflejos.

Millares de estrellas brillaban en el cielo, y el imperceptible soplo de una débil brisa traía de todas partes las emanaciones de las flores y los perfumes sin nombre de la tierra. Todo estaba en silencio alrededor de los amantes. Solamente se oía á lo lejos el sordo rumor de las olas al romperse sobre la playa. Indecibles y embriagadores ensueños abrían al pensamiento mágicos horizontes. El aire que se respiraba parecía impregnado de una misteriosa ternura.

Al volver uno de esos vallados tan comunes en Bretaña, Gustavo y María notaron que sus compañeros de camino habían cruzado ya el campo y franqueado el margen opuesto que cubrían inmensos matorrales. Estaban solos... Por un movimiento simpático, sus ojos húmedos confundieron sus miradas. Una sensación abrasadora recorrió como un calofrío las venas de Gustavo. Sentía el brazo de María temblar sobre el suyo. Una poderosa emoción agitaba el seno de la joven, acelerando los latidos de su corazón.

—María, María... ¿me amas? dijo él al fin conmovido.

Y fija con embriaguez su vista en los grandes ojos azules de la joven, deslizaba su brazo alrededor del talle de su hermosa compañera.

—María, yo te conjuro que me digas si me amas, añadió con tono suplicante, viendo que no respondía y que velaba las miradas bajo la franja de sus largas pestañas.

—¡Oh, sí... sí! suspiró ella muy quedo y como á pesar suyo con una indefinible expresión de ternura.

Después su pequeña mano apretó la del oficial. Loco de alegría, éste estrechó á María contra su pecho, prodigándole las más tiernas palabras, y posó sus ardientes labios sobre los de la joven. La pobre niña, demasiado débil y demasiado nerviosa para resistir esta emoción embriagadora, se dejó caer en los brazos de Gustavo con la cabeza hacia atrás, pálidas las mejillas y casi desmayada.

La voz del hermano de María despertó bien pronto á los dos jóvenes y les hizo volver en sí mismos...

Inquieta por su tardanza, Mariana había mandado á Eronann á buscarles. Este les

llamó á gritos desde el otro extremo del campo. Otro que Eronann, se hubiera apercibido, á pesar de la oscuridad, de su turbación; pero el bravo mozo no brillaba por su penetración, contentándose con embromarlos por su lentitud.

Esta vez Mariana, que los esperaba un poco más lejos, les hizo pasar delante y se mantuvo constantemente tan cerca de ellos, que á pesar de toda su diplomacia, le fué imposible á Gustavo anudar la dulce conversación que Eronann había venido á interrumpir á tan mal tiempo. Una ó dos veces solamente pudo Gustavo estrechar furtivamente el extremo de los dedos de María. Cuando llegaron á Kervohr, sus manos, como sus miradas, cambiaron un largo y tierno adiós.

III

En las grandes ciudades circunstancias de todo género favorecen los amores en su principio. Las visitas, los bailes, los conciertos, los paseos, los espectáculos y las reuniones ofrecen continuamente á los enamorados el medio, si no de hablar, al menos de verse, y el lenguaje de los ojos no carece de elocuencia ni de dulzura.

En el campo, los pobres enamorados no gozan de estos recursos. Separados la mayor parte de las veces por largas distancias, tienen muy pocas ocasiones de verse. No pudiendo ir más que el domingo para contemplar desde lejos á la que aman, necesitan muchas veces un cúmulo increíble de astucias y de pequeñas mentiras. De vez en cuando pueden aprovechar una partida de pesca ó de caza, una comida, una velada ó una boda; pero estas reuniones fortuitas están de tal manera repartidas entre los trescientos sesenta y cinco días del año, que á menos de vivir puerta por puerta, no pueden verse más que raras veces.

Muchos días pasaron sin que Gustavo pudiera volver á ver á Mlle. Cozic. Una visita que hizo á Kervohr no tuvo otro resultado que proporcionarle una entrevista á solas con Eronann Cozic, que le manifestó que sus hermanas habían ido á pasar el día en Freguier. Eronann era poco agradable, pero era hermano de María: así es que Gustavo permaneció allí más de una hora hablando con él sin fastidiarse en lo más mínimo. Estaba en casa de María y hablaba de ella. En tal circunstancia un enamorado podrá impacientarse, pero no se fastidia jamás.

Algunos días después, Fanche Lebras, antiguo labrador de Kermaes, vino á invitar á Gustavo á la boda de su hija Ivona. Bien cierto de que encontraría allí á las señoritas Cozic, Gustavo se guardó muy bien de desairar al honrado labrador.

Las famosas bodas de Camacho podrían sólo dar una idea de la de los labradores acomodados en ciertas partes de la Baja Bretaña. Lebras pasaba por uno de los ricachos de Fretevern, y su hija única, la gruesa Ivona, se casaba con un joven labrador de Plougrescant, que gozaba también de alguna fortuna.

Mucho tiempo antes, todas las amigas de Ivona habían sido convocadas para ayudarla en sus inmensos preparativos. Se había ocupado á todos los cocineros de las cercanías.

El de Kermaes, el más célebre del país, había ido á ofrecer sus servicios de parte de su señora, que sabía cuánto placer había de causar esta pequeña atención á su antiguo colono. Se comprenderá fácilmente, qué personal se necesitaría para servir las hornillas, cuando se sepa que el número de convidados pasaba de trescientos, y que las provisiones hubieran bastado ampliamente para el doble.

Se habían sacado seis barricas de sidra, tres de vino de Burdeos y un pequeño barril de aguardiente. Ciento ó ciento cincuenta botellas de vino de Málaga (fabricado en Morlaix) vino superior de los banquetes bretones, estaban alineadas en batalla como los granaderos de la antigua guardia. Hacinados en montones, los buñuelos, los bizcochos y los almendrados se contaban por centenares. Muchos pasteles de Saboya gigantesco hacían frente á igual número de pastas de nueces de colosales dimensiones. Veinte pavos al menos, flanqueados de triple número de pollos y de ánades se ostentaban sobre la mesa en compañía de trozos de ternera, de piernas de carnero, de flanes de huevos y de inmensas fuentes de crema ó de leche cuajada. En fin, muy de mañana se había confeccionado en grandes marmitas el chocolate y el café, que quizá se hubiera podido preparar de un modo más delicado, pero que hubiera sido ciertamente difícil servirlo con mayor abundancia y cordialidad.

Siguiendo la costumbre, los restos, reforzados con algunas lonjas de vaca y de tocino, debían servir de comida á los numerosos criados. Los de este segundo festín, muy presentables aún, se distribuían á los mendigos llegados de siete ú ocho leguas en contorno. Cada uno de éstos recibía, además, dos tazas de sidra y una pieza de dos sueldos.

ALFREDO DE BREHAT.

(Continuará).

EL COLEGIO DE SAN GREGORIO

EN VALLADOLID

Preciada joya de la ciudad de Valladolid, corte un tiempo de las Españas, es sin duda, el colegio de San Gregorio, cuya historiada portada publicamos en este número. Fué obra predilecta de don Alonso de Burgos que le hizo levantar en agradecimiento á la enseñanza que había recibido en el convento contiguo al colegio. En ocho años, de 1488 á 1496, se llevó á cabo, á pesar de lo afiligranado de sus labores que hubieron de exigir no escaso tiempo y mucha habilidad en los maestros tallistas que las ejecutaron. La empezó el maestro Macías, carpintero de Medina del Campo, quien no pudo verla acabada porque á los dos años, ó sea en 1490, murió misteriosamente, degollándose, al parecer, con una navaja. El ingenio del autor de la traza lo proclama con elocuencia la sola vista de la fachada del colegio.

Autor ha habido que se ha echado á fantasear sobre ella, diciendo que por medio simbólico figuraba el origen de la arquitectura, origen indicado por medio de la imitación de un bosque, que tal semeja ser la complicada combinación de troncos que recorre

los que podríamos llamar nervios, ó dígame las líneas capitales de la fachada. De seguro que los maestros del siglo xv no iban tras de semejantes sutilezas, sino que sólo atentos á realizar los principios fundamentales del arte arquitectónico, que sabían ó por sus estudios, ó por su instinto natural y por la práctica de su profesión, dejando con frecuencia que su lápiz corriera por los anchos espacios de la fantasía, trazaban proyectos en los cuales el conjunto resultaba ordenado y bello, aun cuando no se pudieran legitimar muchas veces de igual modo todos sus pormenores examinados aisladamente. En la decadencia del arte ojival, cuando ya se vislumbraba el Renacimiento y asomaba en los edificios el estilo plateresco, las formas severas y puras de los siglos xiii y xiv ceden el campo á ojivas achatadas con variedad de carteles ó paramentos adornados con todos los recursos que los imagineros tenían en sus manos, y que no eran pocos en los tiempos del maestro Macías.

Esta prolijidad de ornamentación la muestra la cuadrada puerta de ingreso al colegio de San Gregorio. Las flores de lis del escudo de don Alonso enriquecen las jambas y el dintel, asentándose encima de éste el tímpano en el cual se ve al prelado fundador de rodillas ante San Gregorio y otros santos, obra de escultura que por su composición y por su desempeño nos retrotrae á otras épocas, ya que tiene rasgos de los primeros tiempos de la imaginería gótica y aun de la románica. En el lienzo superior brilla con mayor gallardía que en otra parte alguna la fecunda imaginación del autor de la obra. Sobre un fondo delicadamente labrado, á modo de enrejado, sobresale el preciosísimo escudo de los Reyes Católicos, uno de los timbres heráldicos más del gusto del artista por la hermosa combinación que resulta de sus diversos cuarteles. Lo sostienen dos leones también de riguroso carácter heráldico, de dimensiones colosales y modelados con un sentimiento decorativo que no se encarecerá nunca bastantemente. Adornan los dos cuerpos laterales, que vienen á formar como una especie de marco del cuerpo central, tapices con sendos ángeles que aguantan el escudo del obispo don Alonso de Burgos, y en lo más alto donosos heraldos, custodios del escudo soberano de los monarcas D. Fernando y D.^a Isabel. Por fin, en los dos pilares colocados sobre los ángulos de la fachada, pusieron los artistas que en el colegio trabajaron salvajes velludos, con clavos en las manos, indicio, al parecer de un discretísimo crítico, del influjo que en todas las imaginaciones ejerció por aquellos años el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo. Como lo hemos expuesto anteriormente, cabe ponerle algunos reparos á la fachada de que hablamos, mas no serán de gran bulto los que se dirijan en contra del cuerpo central que hemos descrito, ya que lo irrazonado y sobrado caprichoso que en él hubiere queda suavizado y hasta oculto por la novedad de la invención, la galanura y variedad de los motivos y la destreza con que fueron todos ejecutados. No pueden mirarse con idéntica benevolencia los cresteros que los tallistas pusieron en los doseletes y en el remate, fa-

tigosos por lo general, y en algunas partes de un mal gusto que acusa verdadera y deplorable decadencia.

Corre parejas en lo suntuoso con la fachada, el claustro del colegio en donde se advierten las últimas transformaciones del arte gótico, afortunadas unas, casi desdichadas ó poco felices otras. Ejemplar especialísimo en el calado de los antepechos es el piso principal; compite con las obras ojivales de buen buen gusto, mientras que en los arcos aplastados de la misma galería y en las columnas en espiral que los aguantan, halla motivos fundados de censura quien examina la fábrica detenidamente. El conjunto, empero, resulta muy gallardo, dando movimiento á sus líneas la abundancia de detalles, entre los cuales merece citación particular el friso superior en donde se ven alternados mangos de flechas con divisas de los nudos gordianos, divisas de los mencionados reyes Fernando é Isabel. Guardaba en otros tiempos el piso bajo del colegio una verdadera maravilla del arte, *quinta esencia de las sutilezas del goticismo y comparable sólo al sepulcro de Juan II*, de la Cartuja de Miraflores, al decir de Bosarte, maravilla que se hallaba en el retablo de la Piedad en la capilla, y de la que se apoderaron, llevándosela á su tierra, los secuaces de Napoleón durante la guerra de la Independencia. El sepulcro que en medio de la capilla encerraba los restos del fundador se tenía por una de las joyas mejores del Renacimiento. Labróse en 1499, después de la muerte del prelado, y de él dice el señor Quadrao: «El monumento, así por la belleza y corrección de las formas, como por el esmero de la ejecución, parecía digno de Berruguete y semejante al del cardenal Tavera en el hospital de Toledo: así tuvo la desdicha de gustar á los caudillos de Bonaparte que se lo llevaron como artístico botín, y los fragmentos escapados á la rapacidad de los extranjeros, dícese que los emplearon los naturales en fregar y pulir los pavimentos de sus casas.»

F. MIQUEL Y BADÍA.

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

Con fatigado pie lento camina al trasponer del sol, bajando el valle por la suave colina el extranjero desterrado, y mustia mirada gira en torno del suelo extraño con profunda angustia. El río entre los álamos perdido lleva agostado el pasajero adorno de sus trémulas hojas, y otro nido vuela á buscar la golondrina errante. Aun tibio, el caminante siente en su faz el hálito de amores del otoño que espira: á la voz de los rústicos cantores, ceñidas de guirnalda, hollar el césped mira, tejiendo alegres danzas, las doncellas, y de la sierra en las lumbrosas faldas, la hoguera centellea de los pastores, mientras que allá la blanquecina aldea le anuncia con el son de la campana los tiernos gozes del hogar que humea.

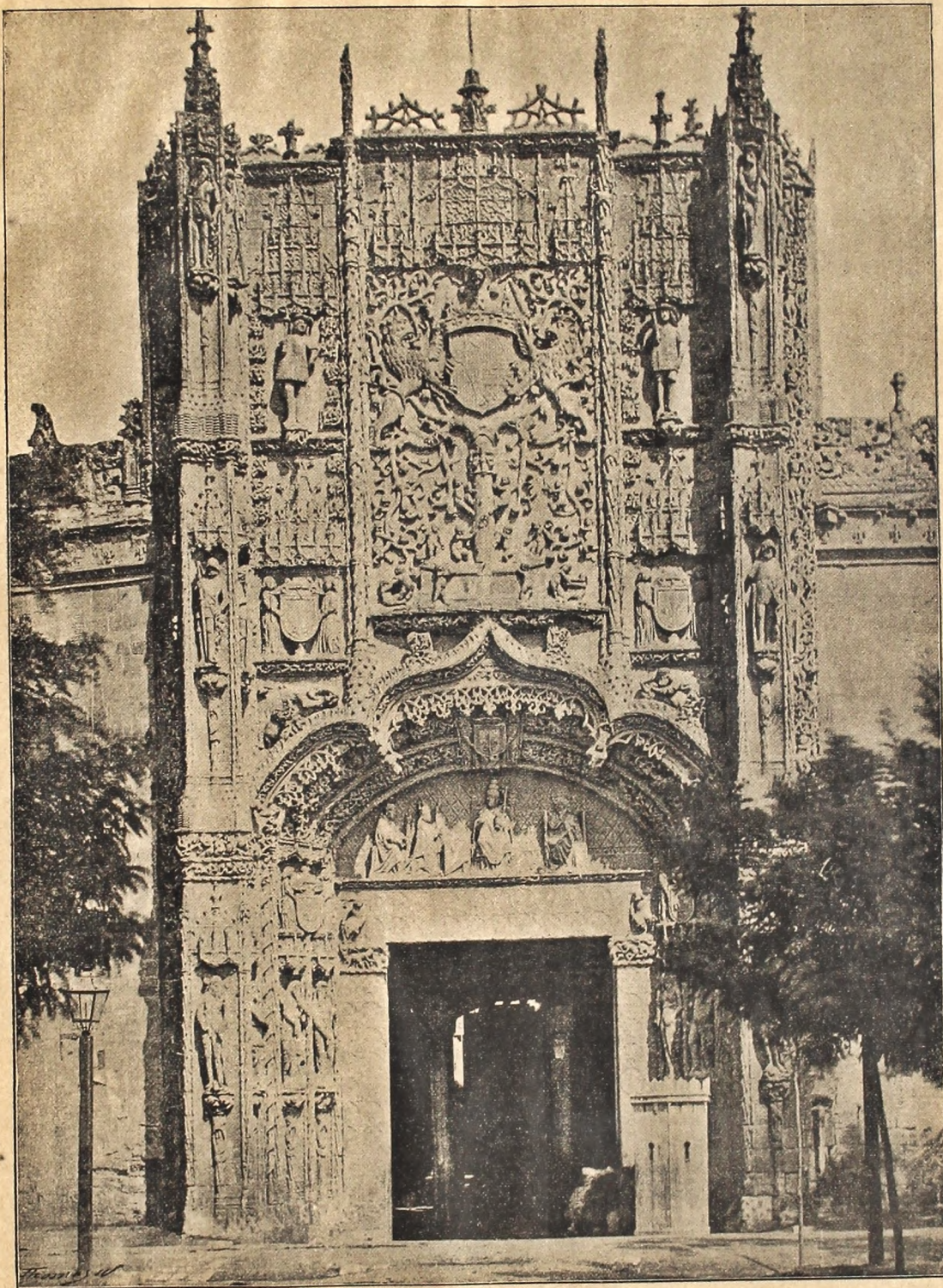
Cierra la noche: el pálido lucero brilla ya de la tarde y desfallece

de cansancio y dolor el extranjero;
que él tiene un valle y un hogar, en donde
ya su pisada conocida suena,
donde un placer á su placer responde,
y una pena á su pena.

Y la noche cerró; y á la mañana
por un proscrito que murió sin nombre
dobló otra vez la lúgubre campana.

Tal es la historia mísera del hombre;
ver el ajeno bien, mover la planta

entre ignoradas gentes y al olvido
bajar, yendo en pos suyo
el fiel Recuerdo y la Esperanza santa,
que ora le muestran el edén perdido,
ya el nuevo edén que se abre tras la tumba.



VALLADOLID.—PORTADA DEL COLEGIO DE SAN GREGORIO.

Tú eres cautivo que rompió su hierro:
¡Feliz quien joven, como tú, sucumba
y halle por fin un término al destierro!

VICENTE W. QUEROL.

CRÓNICA CIENTÍFICA

LAS VIBRACIONES DE LOS BUQUES DE VAPOR.
—Según las investigaciones muy interesantes

y bien dirigidas que ha hecho á dicho fin M. Yarrow y dirigidas á *L' Institution of Naval Architects*, las trepidaciones de los buques no son debidas á la hélice, sino que las origina su propia máquina.

Mediante un aparato registrador muy ingenioso que M. Yarrow denomina «vibrómetro» ha logrado demostrar que las trepidaciones se producen tanto si la hélice está en su sitio como si está levantada.

He aquí cómo explica el autor el fenómeno

en cuestión: en una máquina de movimiento alternativo, el vapor, llegando al espacio que eleva el pistón y uno de los fondos del cilindro, ejerce sobre las dos superficies cierta presión. Durante la primera mitad del curso descendente del pistón, la de abajo arriba ejercida en el fondo del cilindro, es superior á la de arriba abajo sobre el pistón, de la cantidad necesaria para el arrastre de las piezas móviles, varilla del pistón, biela, etc. Luego este exceso de presión tiende á produ-

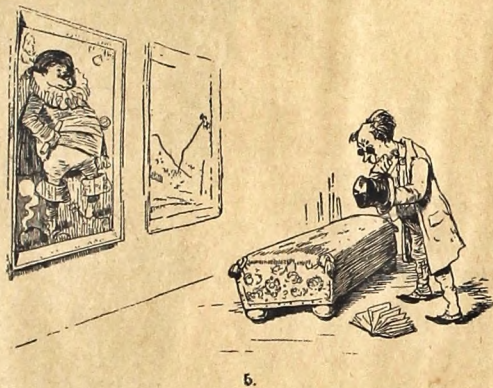


PAISAJE, POR J. MASRIERA



¡YA VIENE! CUADRO DE LUIGI MION

ENTUSIASMO IMPREVISOR



cir la vibración de la placa de asiento de la máquina, y por consiguiente la porción del casco del buque donde ella está fijada.

Durante la otra mitad del curso descendente y durante el primer período del curso ascendente, el efecto que se produce es inverso. En otros términos, durante una semirrotación del árbol, la máquina tiende a levantar el buque, y en la otra semivuelta tiende a hundirle.

Estando ya determinada la causa del mal, M. Yarrow ha encontrado un remedio que tiene analogías con el correctivo aplicado al balanceo por M. Thornycroft. Éste se verifica igualmente mediante un contrapeso, cuyo conjunto no traspasa algunos centenares de kilogramos, habiendo llegado a equilibrar M. Yarrow las piezas en movimiento en todas sus posiciones. Estos contrapesos son de dos maneras: contrapesos relativos destinados para contrabalancear los pesos de los ángulos del árbol y de una parte de las bielas, y contrapesos colgantes, fijos á las extremidades de las varillas accionadas por excéntricas colocadas sobre el árbol, y que equilibran el peso de las otras piezas en movimiento.

Estas últimas están animadas de movimiento alternativo, cuya carrera y valor se determina fácilmente para cada tipo de máquina.

La instalación de estos dos sistemas de

contrapesos, hechos por su inventor en un torpedero, ha disminuído las trepidaciones internas de estos pequeños buques en la proporción de 4 á 1.

Acaba de organizarse en Londres un servicio telefónico por la nueva Compañía telefónica de Manchester, que ha suprimido la inducción entre las líneas vecinas. Los abonados, que son ya en número de 2,500, no deben tener cuidado alguno de que su conversación sea sorprendida; este inconveniente se evita empleando líneas de retorno metálico.

Los transmisores están constituidos por dobles micrófonos Hughes. Para reforzar la sección del receptor, que es del tipo Bell, se ha sustituido la bobina que rodea al imán por un electroimán de hierro dulce con dos núcleos que lleva cada uno una bobina.

Cada abonado está en comunicación con el centro por tres hilos, de los cuales uno sirve como hilo de llamada. En Manchester este hilo es el de retorno por la tierra, pero en Londres uno de los dos restantes sirve para el retorno.

El *Medical Monthly*, en uno de sus últimos números, al tratar de la higiene doméstica, plantea los dos siguientes problemas:

«¿Deben dormir los niños acompañados?

Los esposos, ¿deben ocupar un mismo lecho?»

La revista citada, dejando á un lado las reflexiones de viciamiento del aire y otras de suyo bastantes para oponerse á ello, aconseja que lo mismo los niños que las personas mayores deben ocupar cada uno su cama separada, y la razón de esto es nada menos que la... electricidad.

Según afirma, el cuerpo humano desarrolla una considerable cantidad de fluido eléctrico, y funcionando las sábanas de aislador, se establece entre las personas que ocupan un mismo lecho un continuo cambio de descargas eléctricas, cuyos efectos es crear un estado nervioso especial, haciendo que el cuerpo no repose y se reponga de las fatigas diurnas.

Añade que los niños son los que más sufren de esto, á causa de lo más delicado de su sistema nervioso, y por ello más evitable, y que se ha observado que los niños, después de su lactancia, que han seguido durmiendo con sus madres ó nodrizas, se han desarrollado con mucha lentitud, y gran número de ellos con tendencia al raquitismo, siendo todo ello debido á la electricidad de las personas con quienes duermen, que les altera el sueño, excitando el sistema nervioso.

Con respecto á las personas mayores observa que es frecuente el que, en tanto una

duerme tranquilamente, la otra lo hace inquieta, se levanta cansada y el sueño no ha sido reparador, debido á que la primera tiene más resistencia eléctrica que la segunda.

Tal es la teoría que desarrolla.

M. Deslandres demuestra en uno de sus últimos trabajos que el centelleo de las protuberancias solares es idéntico al de la nueva estrella del Cochero, que ha brillado durante dos meses de este año. El brillo pasajero de este astro dice que es debido á perturbaciones más intensas y de más larga duración que las observadas diariamente sobre el sol, pero del mismo orden.

LA HISTORIA DE LA ANESTESIA.—Una de las comunicaciones más curiosas hechas al Congreso Quirúrgico que se celebró recientemente en París, es la que trató del empleo de los anestésicos en las operaciones.

El medio de apaciguar el sufrimiento, de disminuir las angustias de los heridos, es incontestablemente una victoria del hombre, si no sobre el mal mismo, al menos sobre sus más dolorosas manifestaciones. La historia de la lucha de los sabios contra el dolor físico demuestra que en todos los tiempos y países se han hecho esfuerzos para descubrir ese medio.

Los hebreos hacían beber vino mezclado con varias drogas á los condenados al suplicio. Apuleyo cita el caso de un hombre que se había precavido contra el dolor de los golpes que tenía que recibir bebiendo una pócima de vino y mirra. Los egipcios tenían un anestésico designado con el nombre de «Piedra de Menfis.» Era una especie de jabón que, reducido á pasta, se extendía sobre las partes del cuerpo que el cirujano tenía que operar por el hierro ó el fuego, y las hacía completamente insensibles. La «Piedra de Menfis» absorbida en una mezcla de vino y agua, daba al organismo una insensibilidad general.

Los cruzados trajeron este secreto á Europa, donde pronto se monopolizó en manos de los pretendidos magos y brujos.

Los indostanos tienen un anestésico especial muy eficaz, el *bang*, que es una mezcla de opio y de cáñamo, y embriagando los brahmanes á sus adeptos con este producto, les excitan á torturarse voluntariamente.

M. Emile Belloc ha presentado á la Academia de Ciencias de París perfiles demostrando el relieve del fondo de dos lagos pirenaicos con relación á dos planos verticales convenientemente elegidos.

Los lagos explorados son el de Estom y el de Lourdes, en el departamento del Haut-Garonne. El primero tiene una superficie de 56,778 metros cuadrados y una profundidad, por término medio, de 18 metros; su mayor longitud es de 450 metros y su parte más ancha mide 222. El lago de Lourdes es más extenso, pero menos profundo; tiene de superficie 482,982 metros cuadrados y de profundidad media 12.

Examinando dichos perfiles, se comprende en seguida la asimetría de las pendientes. Además, se observa á cierta distancia de una de sus orillas elevaciones del fondo, en forma de cono, verificadas por la reunión de fragmentos rocosos, cuya singular formación explica de este modo M. Belloc.

Durante el invierno estos lagos están helados por completo; bajo la influencia del viento, el hielo se recubre en ciertos parajes de conos de nieve, que se endurecen por efecto de su propio peso. Estos conos detienen y retienen los pedazos que se desprenden de las rocas situadas en lugares más elevados. Después, cuando llega la época del deshielo, estos trozos caen verticalmente en el fondo del lago, donde poco á poco se van amontonando y formando los conos, cuya

estructura es idéntica á la de nuestros muros de piedra en seco.

Un nuevo compuesto de yodado del carbono ha sido descubierto y preparado por M. Moissan, á quien también se debe la preparación del tetrayoduro de carbono.

Sometiendo á la luz solar durante dos días el tetrayoduro, se ve al yodo cristalizarse, y la sustancia se convierte en protoyoduro.

Se puede tratar también la solución sulfocarbónica de tetrayoduro por el polvo de plata. El protoyoduro de carbono es mucho más estable que el tetrayoduro; se funde á 185 grados, y su densidad es de 4,38: es inatacable por el ácido azótico hirviendo, así como por las soluciones calientes de ácido crómico y de permanganato de potasa.

Es tan grande la fecundidad de los seres que viven bajo las aguas del mar que, si la mayor parte de los huevos que producen germinaran, los mares del globo serían insuficientes para contener tanto pescado.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de la exactitud de lo que decimos, bastará con que sepan que cada merluza produce al año de 6 á 8 millones de huevos; y aunque en las costas de Terranova se pesquen anualmente de 60 á 70 millones de estos peces, á pesar de esta enorme cantidad, si no fuera por la destrucción de los huevos y de los peces mismos, comidos á millones por otros mayores, los mares, como decimos, serían estrechos para contenerlos.

Otros peces son también muy fecundos. El arenque, que sólo pesa seis ó siete onzas, da unos 30,000 huevos al año, y aun calculando una destrucción razonable de huevos y pececitos, se concluye con que sólo un par de arenques, en tres años, podría producir 155 millones de peces.

Es una práctica que hallaremos establecida ya, aun en tiempos muy remotos, sobre todo en los habitantes de las casas de campo, la de contener la sangre de las heridas que se producen por medio de la aplicación de telas de araña.

No les falta razón para esto, porque, en efecto, las telas de araña poseen cualidades hemostáticas que no pueden desconocerse. Pero si debemos decir que los beneficios que su aplicación produce no compensan, ni con mucho, los peligros que puede acarrear.

Esterilizadas previamente las telas de araña, pueden ser un precioso hemostático; pero ha de tenerse muy presente que los insectos que las producen casi siempre suelen tender sus redes en lugares inmundos, como los techos de cuerdas, los gallineros, basureros, etc., y el uso de ellas, tal como se encuentran en semejantes parajes, ser un verdadero peligro por los bacilos que contienen, cuya inoculación puede producir, y ha producido ya, ese terrible y mortal accidente que se conoce con el nombre de *tétanos*.

MM. Flügge y Nicolaier, en sus notables estudios de los bacilos, hallaron en el suelo y entre el polvo una especie de ellos que, inoculados en los conejos y en los ratones, produjeron en estos animales accidentes tetra-niformes, y Beaumer ha demostrado también que tales microfitos se encuentran en gran número entre la tierra, en el polvo y en las basuras.

Los hombres de ciencia cuyos estudios se han dedicado á este género de investigaciones, admiten que los bacilos del *tétanos* segregan toxas cuya acción se ejerce sobre el sistema nervioso. Por lo tanto, si una herida, aunque sea leve, se tapa con telas de araña, los tejidos absorberán las toxas que constituya el polvo que las cubre, y es casi seguro que sobrevendrá el *tétanos*.

En confirmación de lo dicho, *La Medicina*

Moderna señala el caso de un joven campesino que, habiéndose producido una herida en la frente, de la que manaba abundante sangre, aplicóse telas de araña para contenerla, y se le desarrolló una infección tética que le produjo la muerte.

Según resulta de un estudio que tenemos á la vista, parece que ese pan blanco, elegante y fino, cuya vista nos seduce tanto, por estar privado de las materias que dan un color más moreno y cierta aspereza al pan común, es el productor de las caries y de la prematura pérdida de la dentadura.

Al despojar la harina de las materias que la prestan el color rubio que le es propio, se le quita al mismo tiempo el *fluor*, sustancia indispensable para la conservación de la dentadura.

El eminente dentista sir James Crichton-Browne, en el último Congreso de especialistas, así lo ha consignado.

Por otra parte, se confirma lo manifestado por dicho señor en el hecho no desmentido de que la generalidad de los habitantes del campo y poblaciones agrícolas conserven mucho más tiempo, y en mejor estado, sus dientes, lo que, sin duda, es debido á comer el pan natural, y no el de las capitales.

Un industrial alemán da á conocer un sencillo procedimiento como el mejor para limpiar las piezas de toda máquina, en particular las de hierro, pulimentadas.

Se ponen en una botella un litro de petróleo y 12 centigramos de parafina en raspaduras, tapando bien la botella y agitándola varias veces durante veinticuatro horas, para que el todo se mezcle bien, lo que, conseguido, puede usarse.

Antes de emplearlo se agita la botella; y por medio de una brocha ó muñequilla, se extiende el líquido sobre lo que se quiere limpiar, dejándolo que se impregne. Al día siguiente se frota y limpia con un manojito de cabos ó trapo de lana seco, y desaparece como por encanto el orín y el aceite ó grasa resinificados y endurecidos, sin dejar rastro de la acción oxidante del petróleo, neutralizado por la parafina.

El aspecto de las piezas limpias así es hermoso, pues quedan con una brillantez como la del mejor bruñidor, siendo insignificante el costo y su empleo facilísimo.

Según la marcha y el derrotero que van emprendiendo los adelantos de cuanto á la electricidad se refiere, este fluido será la nota más culminante fin de siglo.

Afirmase que Mr. Edison dice que cualquiera novela, aunque sea una de las más largas de Carlos Dickens, podría reproducirse en cuatro cilindros de un fonógrafo.

Como hoy no se puede negar en absoluto nada de cuanto á los fenómenos de electricidad tenga relación, no consideramos un absurdo, de ser cierta esa opinión del sabio electricista, que no tardaremos mucho en tener ediciones fonográficas de los libros que obtengan éxito, cuya máquina se encargará de leerlos.

Es indudable que si tal cosa llega á realizarse, como quiera que la inteligencia humana hoy se dedica de una manera casi absoluta á encontrar los medios de economizar cuanto trabajo puede, el éxito será asombroso, particularmente entre los perezosos y los que tengan la vista delicada, pues no tendrán que tomarse más trabajo que el de escuchar.—W.

Nuestros grabados

VALLADOLID.—Portada del colegio de San Gregorio (véase el artículo).

PAISAJE, por J. Masriera.—Una mujer

que echada sobre la hierba, á la sombra de los frondosos árboles, se entretiene en deshojar las plantas que cubren el suelo, cansada del libro que ha tirado á un lado; tal es el asunto del cuadro de este inspirado artista, y en el cual resaltan las mismas cualidades de elegancia en el pincel y frescura en el color que distinguen todas sus obras.

¡YA VIENE! cuadro de Luigi Mion.—Dejando atrás el umbroso sendero que dando rodeos baja por el monte, aparece en la linde del bosque el cazador, satisfecho de la jornada. Por la florida vertiente dirígese ligera á su encuentro la joven, en todo el esplendor de la juventud, y sus oscuros y brillantes ojos miran á lo lejos, ansiando descubrirle, y sus labios sonrientes se abren para pronunciar su nombre. He aquí el cuadro del pintor italiano Luigi Mion, un recogido de los ojos, un idilio de la primavera.

LA EMPERATRIZ EUGENIA Y EL DR. EVANS ⁽¹⁾

(4 DE SEPTIEMBRE DE 1870)

El 4 de Septiembre estaban de servicio en las Tullerías el general Montebello, el almirante Jurien de la Gravière, el marqués de la Grange, las señoras de Renneval, Saulzy, condesa Aguado, mariscal Canrobert, de la Poeze y de la Bédollière.

Un poco antes de su salida, es decir, sobre las dos de tarde, pues la hora exacta de la misma salida fué las dos y media, la emperatriz, abandonando su salón-despacho, donde estaban Mrs. Nigra y Metternich, entró en la sala de servicio, en la cual se hallaban reunidas las personas que acabo de nombrar. Vestía la soberana un traje oscuro, manteleta de Worth de tela negra, forrada de seda color violeta, y festoneada con galón fino de oro. Estaba despeinada y aun tenía en la mano el pañuelo de batista con el cual se había enjugado sus ojos enrojecidos, manchando un poco, al extenderse sobre las mejillas, las diminutas líneas de lápiz negro, y que luego se han ensanchado muchísimo... ¡moda española!

Las damas de honor, muy conmovidas, se hallaban todas en pie, y vinieron una tras otra á besar la mano á la soberana, la cual las dijo estas palabras: «En Francia no hay el derecho de ser desgraciados.»

Después de este besamanos y esta despedida, la emperatriz entró en su salón, donde la esperaban con ansiedad los dos embajadores, temiendo continuamente que cambiase de parecer y renunciase á la marcha aconsejada.

Las dos últimas semanas que la pobre mujer pasó en las Tullerías no fueron más que una continua tortura, una verdadera agonia moral.

Apenas transcurrió una hora en esos días terribles sin dejar de recibir despachos confirmando la noticia de una desgracia ó de un desastre; así, pues, su espíritu y su cuerpo, en medio de aquellas horas consagradas á las lágrimas, á la desesperación, al trabajo, y seguidas de noches sin descanso, habían quedado quebrantados.

Sólo se sostenía con la ayuda de café muy cargado, y sólo descansaba un poco tomando cloral; de este último medicamento había hecho un gran consumo, hasta el extremo de

sufrir verdaderos accesos de sonambulismo, durante los cuales, con los ojos fijos y muy abiertos, parecía enteramente extraña á todo cuanto pasaba á su alrededor, no conocer á los que la hablaban.

Los dos embajadores con sus pinturas exageradas de los supuestos males que la amenazaban, no servían de modo alguno para destruir el efecto del café y del cloral sobre los débiles nervios de aquella dama.

La manifestaron que había llegado la hora de la retirada, de la fuga; cambió por un manto más oscuro la manteleta, demasiado visible, de Worth, y acto seguido aprisionó sus magníficos cabellos en un pequeño sombrero negro de Mme. Virot, enlazando febrilmente las cintas bajo la barba; cogió uno de esos pequeños sacos, donde las señoras guardan el bolsillo, el pañuelo y el tarjetero, y dando el brazo al príncipe de Metternich, siguió á través del Louvre á M. Nigra, que á su vez había ofrecido también el brazo á Mme. Lebreton, la lectora, que no quiso abandonar á la soberana. Ya se recordará que Mme. Lebreton es la hermana del bravo y frecuentemente victorioso soldado que se llama Bourbaki.

De este modo se llegó hasta la galería de Luis XIV, enfrente de la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, y allí, cerca de la dorada verja, la emperatriz y Mme. Lebreton tomaron una berlina. M. de Meternich sólo dijo al cochero estas sencillas palabras: «Boulevard Haussmann.»

Un granuja, de unos quince años de edad, con blusa y gorra, que pasaba en aquel momento gritó:

—¡Calla! no me parece mal; pero... igual da... es la emperatriz!

Sus palabras, felizmente para los fugitivos, no se oyeron por el ruido del coche, que ya se había puesto en movimiento y daba en dirección de la calle Rivoli.

Hacia el centro del boulevard Haussmann mandaron detener el coche, y mientras lo pagaba Mme. Lebreton, la emperatriz se refugió un momento en una puerta cochera; tomaron otra berlina de alquiler, dando á este nuevo cochero las señas del doctor Evans, avenida Malakoff.

Este operador habitaba allí un espléndido y confortable hotel; el doctor Evans no era tan sólo un especialista que había sabido adquirir, con una fortuna enorme, una reputación europea; era, además, un hombre de bien.

Algunas semanas después, cuando comenzaron los sufrimientos y las privaciones del sitio, estableció y sostuvo con su propio peculio la ambulancia americana, mientras sus compatriotas, que tanto danzaron siempre en los bailes de la corte y en los salones de París, que comieron tanto *foie-gras* y absorbieron tanto champagne en todas nuestras fiestas, y que nos endosaron tantas *misses*, más ó menos ricas, generalmente menos, no llegaron á reunir entre todos ellos una suma de 500 francos para dicha ambulancia, aun cuando se la calificó de americana.

Sólo M. Evans soportó tal carga, y como la cosa no se concretaba á la curación de los heridos, sino que frecuentemente había que atender á la manutención de los hom-

bres válidos, principiando por su ministro M. Washburne, cuando se formalizaron las cuentas, después de distribuir socorros ó los prisioneros de guerra en Alemania, resultó que este generoso ciudadano americano tenía gastados 1.200.000 francos en favorecer á la patria francesa.

Esto era, convengamos en ello, pagar resignadamente la acogida que tuvo en París; era rescatar por sí solo toda la bajeza de sus compañeros, las manifestaciones que se permitieron contra nosotros, y el daño efectivo que nos hicieron.

Apenas llegaron á casa del doctor y fueron introducidas en la sala, la emperatriz, sollozando, le dijo:

—Mi querido señor Evans, vos sólo podéis salvarme; todo el mundo me abandona; ya no cuento con nadie. ¡Quiero huir, quiero abandonar esta ciudad ingrata, vengo á suplirlos que pongáis los medios para ir á Inglaterra!

El doctor Evans conocía á la emperatriz desde la época en que era no más que la señorita de Montijo, habiéndola prestado durante el tiempo de sus grandezas algunos modestos servicios; por eso tuvo siempre sus visibles y ocultas entradas en las Tullerías, cerca de su imperial cliente; y en sus relaciones, no sólo existía confianza, sino hasta cordialidad. Quedó tan atónito como la que le visitaba, y fuera de sí ante el espectáculo inesperado de la humana grandeza tan abatida, ante una soberana que venía á su casa pidiendo ayuda y protección.

Comprendía desde luego las responsabilidades que se le echaban encima. Extranjero, sencillo huésped de Francia, le repugnaba representar un papel político del cual se le podría pedir cuenta severa, y resultaba muy mucho un acto político el facilitar la fuga de una Regente. Pero la inquietud por sus intereses personales fué la que acudió á su mente, sin fijarse en otra cosa. Tal es la condición humana; puestos ante el peligro inesperado, desconocido, experimentamos, antes que nada, el influjo inconsciente del sentimiento de conservación personal; á todos pasa lo mismo. Los hombres vulgares la obedecen, los fuertes le dominan; esto último hizo el doctor, al que muy pronto sólo dominó una idea: consagrarse á la salvación de la emperatriz, y consagrarse con tanto más empeño cuanto que él podría correr algunos peligros.

La antigua amiga que solicitaba protección; la soberana que se necesitaba defender; la mujer acongojada por el peso de las desgracias que sobrellevaba; la esposa separada de su marido; la madre alejada de su hijo; la que debía reunir y consolar á los suyos, exaltaron á la vez todas las fibras de una naturaleza realmente caballeresca.

La emperatriz había permanecido en pie mientras dirigió su ruego al doctor.

—Suplico á V. M. que se siente y me conceda algunos instantes para reflexionar, la dijo. La responsabilidad que cae sobre mí es grande, y quiero esforzarme en justificar la confianza que V. M. se ha dignado poner en mí.

Salió de la sala, cerrando la puerta para que ningún indiscreto pudiese entrar y sorprender á las dos fugitivas.

(1) Del *Diario de un ayudante de órdenes*.—Traducción de A. Cotarelo.

—Héme aquí, á mi pesar, asociado á los que fabrican la historia, exclamó el doctor. Esta desgraciada mujer, abandonada por todo el mundo, resignada con ese abandono universal, no pudiendo ni queriendo, en su consecuencia, dirigirse á los que ayer mismo se llamaban sus vasallos, y recurriendo á un ciudadano americano para salir de Francia, me pone en una situación delicada, singular. Es preciso, en primer lugar, que yo no haga nada sino ante testigos, los cuales puedan en el porvenir, si hay necesidad, certificar mi buena fe, mi lealtad.

Mandó llamar á su compatriota y mejor amigo el doctor Crane, el cual vino inmediatamente, y le reveló cuanto pasaba, rogándole que estuviese dispuesto á marchar con él al siguiente día.

El objetivo del viaje de la emperatriz era Inglaterra, pero rechazaba en absoluto tomar el ferrocarril por temor de ser conocida, quizá insultada, por cuyo motivo ya era también muy tarde para arreglar aquel día la partida.

El doctor forjó el plan en su mente, volviendo para manifestar á la emperatriz que era preciso aceptase en su casa la hospitalidad de una noche. La pobre señora, abatida á la vez física y moralmente, sobrecitada, pasó la noche del 4 al 5 de Septiembre en la alcoba de Mme. Evans, que á la sazón veraneaba en Deauville; se improvisó otra cama para Mme. Lebreton, á los pies del lecho de la soberana.

El 5 de Septiembre, por la mañana, la emperatriz, habiendo descansado, y algo más dueña de sí misma, volvió á vestirse como la vispera; pero dejándola totalmente al descubierto la fisonomía el pequeño sombrero con cintas, lo cambió por otro redondo de Mme. Evans, envolviendo la cabeza en un velo espeso, que bastaba para hacerla desconocer.

Se colocaron en el landó del doctor, coche cómodo de caja oscura; en el pescante, el cochero y el lacayo, con librea gris y cuello negro, ignoraban completamente las personas que conducían.

La emperatriz tomó asiento en el testero, á la derecha; á su lado Mme. Lebreton, y los doctores americanos ocuparon la banqueta delantera.

Salieron á galope para Deauville por una de las puertas de hierro que caen sobre la avenida Malakoff, abriendo un jardinero.

La cuestión magna era la salida de París; la puerta Maillot estaba obstruida por una barricada, custodiándola un piquete de guardia nacional; se hacía preciso salvar este obstáculo, sin que la emperatriz fuese reconocida.

A semejanza de lo que yo debía hacer cuatro meses después, cuando conduje á Julio Favre á Versalles, Mme. Evans sacó medio cuerpo por la ventanilla de la derecha para pedir á los guardias nacionales las señas del camino; el coche pasó despacio y á través la barrera.

Se habían salvado.

CONDE DE HERISSON.

LA FLOR DEL LOTO

(LEYENDA EGIPCIA)

Menes, el gran rey del Egipto, el que desvió el curso del Nilo y construyó á Memphis, la gran ciudad sagrada, soñó una noche que una mujer blanca de extraordinaria hermosura, con ojos de color del cielo y cabellos en los cuales el divino *Ra*, el dios-sol, había impreso sus más brillantes y dorados matices; soñó el gran Menes que aquella mujer descendía de una nube y le ofrecía en una copa de oro un néctar transparente y aromoso. De él bebió Menes y al punto se sintió abrasado en amores hacia la hermosa mujer blanca.

Ella, sonriendo como debía de sonreír la divina *Isis*, le dijo: «Búscame y me hallarás.» Luego se desvaneció en un vapor plateado, que se perdió en los cielos, volando en dirección al lugar donde el sagrado Nilo tiene su origen.

El rey Menes mandó construir una barca, la cual ornamentó con todos los refinamientos, hasta entonces conocidos, en la escultura y la pintura.

Lista la barca, flotando ya sobre el Nilo, entraron en ella el rey y los esclavos que habían de conducirla, luego de haber implorado el soberano á los dioses *Ammon*, *Nun* y *Osiris* para que le fuesen favorables en su empresa.

Veinte días y veinte noches tardó la barca en remontar el valle nilótico. Cuando llegó á un sitio donde el río no era ya navegable, crecieron las aguas milagrosamente, pudiendo así la real embarcación andar por espacio de otros veinte días y otras veinte noches. Entonces apareció á los ojos del rey y sus esclavos una elevada roca de pórvido, en la cima de la cual reverberaba un palacio maravilloso hecho de turquesas y lapislázuli.

Desde de lo alto de la roca bajó revoloteando un enorme ibis, el ave sagrada del Egipto, quien asió la barca por el mástil y la depositó cuidadosamente junto á las puertas del mágico palacio.

A seguida apareció en sus umbrales, resplandeciente de gracia y de hermosura, la misma beldad que viera el rey Menes entre sueños.

—Me buscaste y aquí me tienes, díjole con voz celestial, me llamo Lot; desde hoy seré tuya.

Y se arrojó transportada en brazos del soberano.

—Tú serás la reina del Egipto, exclamó Menes, loco de amor y de dicha.

Entraron luego en la barca y el ibis suspendió á ésta nuevamente, obedeciendo á una señal de Lot, para dejarla flotando otra vez sobre las sagradas aguas del Nilo.

Khons, la hermosa y pálida luna, y *Ra*, el gran dios, alumbraron á los felices amantes tres días y tres noches con sus más puros rayos y fulgores, dichosos con la dicha de Lot, la hija querida de *Osiris* y de Menes, el monarca poderoso y benéfico.

La barca descendía rápida unas veces, lenta otras, á merced de la corriente, dejando atrás aldeas y ciudades, cuyos habitantes, al verla, se postraban y besaban la tierra.

Ya distaba apenas un día de marcha, Memphis, la gran ciudad donde Lot sería consagrada reina del alto y bajo Egipto, al celebrarse sus bodas con Menes, cuando de súbito, surge de las aguas enorme serpiente, la cual se enrosca en la barca y la despedaza... Es *Apep* el dios malo y terrible.

Presuroso acude el buen *Osiris* á librar á Lot y á Menes de su furor, pero *Set*, el hipopótamo ha muerto al soberano... *Osiris*, ardiendo en ira santa, aplasta con sus divinos pies á aquellas infames deidades que *Hapi*, el Nilo, despide luego rugiente de su seno. Mientras tanto, se oculta el sol, el cielo se enluta, brilla el relámpago, y el trueno retumba en los aires.

Cuando la tempestad cesa y *Osiris* ha tornado á su mansión celestial, una inmensa pirámide de granito se ha levantado sobre la tierra; es la tumba colosal que los buenos dioses destinan al gran monarca de los dos Egiptos.

El espíritu de la hermosa Lot ha volado á lo más alto de los cielos, á la región paradisíaca donde *Nut* tiene su morada.

Del cuerpo precioso de la hija de *Osiris* brotó una flor.

Es un lirio blanco, de belleza incomparable; los hombres al verlo, deslumbrados, postráronse de hinojos, y adorándolo, le ofrecieron á los dioses. De su tallo rezumaba exquisito licor, el mismo que gustara el rey Menes... quien lo probaba, enloquecía de amores...

El blanco y maravilloso lirio se llamó en el Egipto la «flor del Loto.»

Grabáronla los escultores en la piedra, los pintores la copiaron en sus cuadros y sirvió de modelo á los arquitectos para basas y chapiteles inmutables.

Fué de rigor su presencia en los festines y con ella se ornamentaron los soberbios tronos faraónicos.

SILVERIO DE OCHOA.

De aquí y de allí

La mayor parte de los museos y de las colecciones privadas de Europa se están repartiendo en Londres los inestimables tesoros de la galería de cuadros Dudley, de cuya venta dimos conocimiento hace algunos días.

La primera sesión de venta, de la que dimos también algunas cifras, ha producido 101,850 guineas, ó sean 2.700,000 pesetas próximamente.

Una *Crucifixión*, de Rafael, se ha vendido en 10,000 guineas, ó sean 255,000 pesetas.

Un Rembrandt, en 21,760 guineas.

M. Steinkop, aficionado alemán, ha adquirido por 3,400 guineas un Van Eyck.

Los museos de Amberes y de Berlín hace tiempo que adquirieron un Rembrandt y un admirable Fra Angélico.

El oficial del ejército inglés Bower ha descubierto en el Turkestán chino los restos de una ciudad enterrada.

Entre otros objetos hallados en ella, ha recogido un curioso libro manuscrito, formado de cortezas de abedul, bajo una de las singulares construcciones próximas á la ciudad muerta, situada no lejos de Kuchar.

Tienen dichas construcciones de 50 á 60

pies de altura, y son de forma redonda, compuestas de adobes secados al sol y de mucha solidez.

En el interior de estos edificios existen todavía, regularmente conservados, lechos ó escaños de madera.

Los arqueólogos que con detenimiento han examinado tan originales edificios, los creen oratorios budhistas, donde generalmente se conservan reliquias objetos del culto.

Las habitaciones se hallan, por lo común, al nivel del suelo, y han sido excavadas con frecuencia por los buscadores de tesoros.

A pesar de su respetable antigüedad, no se remonta el libro á las primeras edades de la civilización indostánica.

Las inscripciones pertenecen á la lengua sánscrita, de tipo muy arcaico; acusan mannos y fechas muy distintas, y el último fragmento se remonta quizás á principios del siglo v antes de Jesucristo, mientras el primero no pasará de medio siglo antes.

Así y todo, es el *manuscrito* indio más antiguo que se conoce, y uno de los más viejos del mundo.

Consta de 55 *hojas*, y se reproducirá dentro de poco por la Sociedad Asiática de Bengala.

A serias reflexiones se presta el conocimiento de lo que importa el coste inicial de las principales guerras sostenidas durante el siglo á cuyo fin tocamos; pues el total de ellas, según extractamos de un curioso trabajo publicado por un periódico extranjero, alcanza á la enormísima cantidad de 3,047.000.000 de libras esterlinas, igual, próximamente, á 76,175.000.000 de pesetas.

El período más costoso fué el de 1861 á 1880.

En dicho período están comprendidas: la guerra civil de los Estados Unidos, la guerra entre Prusia y Austria, entre Francia y Méjico, el Brasil y el Paraguay, la franco-prusiana y la invasión de Turquía por Rusia.

El más costoso de estos conflictos fué la guerra civil de los Estados Unidos, tragándose ésta 740.000.000 de libras esterlinas (18,500 millones de pesetas), mientras que en la guerra franco-prusiana se gastaron 316.000.000 de libras esterlinas (7,900.000.000 de pesetas).

¿A qué hacer comentarios?

Pocas personas saben cuánta importancia daba Napoleón I á la letra M; importancia que tenía algo de supersticiosa, tanto para el bien como para el mal, cuya superstición no carecía de razón de ser, por más que los espíritus fuertes digan lo que quieran.

Napoleón era hombre ilustrado y de corazón, y, sin embargo, la letra M le preocupaba mucho.

Veamos por qué:

Marbôuf, en el colegio militar, fué el primero en reconocer el genio que encerraba en sí Napoleón I; Melas le cedió su puesto en

el ejército de Italia; Mortier fué uno de sus más queridos y mejores generales; Moreau le hizo traición; Murat fué el primer mártir de su causa; María Luisa compartió el trono con él cuando se hallaba en todo el apogeo de su grandeza y su fortuna; Moscou fué el abismo que se abrió á sus pies, y Metternich, más astuto, le venció en el campo de la diplomacia.

Cinco de sus mariscales, Massena, Mortier, Macdonald, Murat y Moncey y 26 generales de división, tenían la inicial M en sus nombres; y Maret, duque de Bassano, era su confidente más querido.

Su primera batalla fué Montenotte, y su última Mont-Saint-Jean (Waterloo). Ganó las batallas de Melleisimo, Mondovi, Montmirall y Montereau. Milán fué la capital de su primer enemigo, y Moscou la última donde entró victorioso.

Messón le hizo perder el Egipto, y Miollis capturó al papa Pío VII; Molat conspiró contra él, y después lo abandonaron Murat y Marmont.

Montalivet fué su primer ministro, y su primer chambelán un Montesquieu.

Su última residencia en Francia fué Malmaison.

A bordo del *Bellerophon* se rindió al capitán Maitlan. Por fin, sus compañeros en Santa Elena fueron Montholón y su ayuda de cámara Marchand.

Nada de extraño tiene que la letra M fuera su pesadilla.

Se acaba de construir un nuevo Observatorio análogo al de Niza, sobre la cima del Monnier, distrito de Puget-Theniers (Francia). Muchos sabios que han efectuado hace pocos días la ascensión á dicha montaña, entre ellos el Director del Observatorio de Niza, Perrotin, iniciador de la idea, han reconocido que el estado de la atmósfera, á la altura de 2,818 metros, donde llegan rara vez las brumas de los valles, se presta admirablemente á las observaciones astronómicas.

Postres

La idea de hacer una ascensión en globo durante su primera noche de novios, fué atribuida por primera vez al célebre Saint-Simón, en las circunstancias más curiosas.

En 1801 casóse Saint-Simón con Mlle. de Champgrand, estableciendo verdadero lujo en su casa de París, donde abría sus salones para recibir á los sabios más renombrados.

En aquella época murió el marido de Mme. Stael, é inmediatamente se divorció Saint-Simón, presentándose en Génova con el objeto de ofrecer su mano á la célebre hija de Necker.

—Somos vos y yo, la dijo, las dos personas más extraordinarias del mundo. De nuestra unión saldrá un hijo que asombrará á la humanidad.

Mme. Stael rehusó el ofrecimiento, que fué completado, á creer lo que dicen algunos cronistas, con la proposición de pasar la noche de boda en globo.

La respuesta que dió Mme. Stael no pudo ser más discreta:

—Decís que sois el hombre más inteligente del mundo, y no lo pongo en duda puesto que así lo aseguráis; pero yo, como mujer, estoy muy lejos de hallarme en el mismo caso. Por consiguiente, buscad otra mejor.

Un ricachón baja de un *simón* en unión de un amigo de la infancia que hace un año está cesante, y al pagar el servicio le pregunta distraído:

—¿Tienes suelto?

—Sí... el vientre, contesta el cesante.

Un matemático:

—¿Me puede usted prestar cien pesetas?

—Hombre, en este momento sólo dispongo de cincuenta.

—Bueno. Démelas usted y me queda á deber cincuenta.

Un sujeto hablando con Alceste, que elogiaba la inteligencia de su perro, dijo:

—El hecho es que sólo le falta hablar.

—¡Ah! no, exclamó el sabio; si hablara diría, tal vez, tantas majaderías como un hombre.

Un andaluz se trabó de palabras con monsieur de Tréville, comandante de mosqueteros, resultando un desafío.

El francés le desarmó, y le perdonó la vida.

—¿De qué paiz ez zu merzé? le preguntó el andaluz.

—Soy del Bearn.

Entoncez, no ez extraño que zeá zu merzé tan valiente, puezto que ez zu merzé de la frontera de Ezpaña.

Un pisaverde arroja á un caballero, después de una disputa sostenida con aquél, un guante que tiene los dedos descosidos.

—Ahí tiene usted mi guante, dice el pisaverde.

—Deme el otro, contesta el caballero, y llevaré los dos para que los cosan y pueda usted aprovecharlos aún más tiempo.

En una tertulia se habla de los individuos que se expresan más lacónicamente, citando como modelo á los ingleses.

—Yo, dice uno, conozco á otros que son aún más lacónicos.

—¿Quiénes? le preguntan.

—Los mudos.

El cura de un pueblo está casando á dos aldeanos, y al preguntarle al novio si quería por esposa á su novia, le contesta:

—Otra pues; si no la quisiera, no vendría á casarme.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las
PASTILLAS PECTORALES
del Dr. Andrew y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la TOS al concluir la primera caja.
Para el ASMA prepara el mismo autor los Cigarrillos y Papeles azules que lo calman al instante.

Fídanse estos medicamentos

LOS RESFRIADOS
de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el
RAPÉ NASALINA
que prepara el mismo Dr. Andrew.
Su uso es facilísimo y sus efectos seguros y rápidos.

en todas las buenas farmacias

PARA tener la BOCA
SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y los POLVOS de
MENTHOLINA DENTÍFRICA
que prepara el Dr. Andrew. Su uso emblanquece la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la escisión de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

